

CUANDO FLORENCIO LO MARCHITO

Carmen Naranjo

Era y es todavía un pueblo redondo haciéndole círculo a la hondonada. Las casas miran a la montaña y viéndolas pronostican el tiempo: hará calor, lloverá, el viento esta noche será terrible, un día en calma, tal vez bochornoso, por allá de las cuatro caerán las primeras lluvias, amanecerá garuando, parece que hoy temblará.

Un pueblo que crecía y decrecía según los vaivenes del país, algunas veces los mandatarios pensaban en la agricultura, otras en la industria, siempre en el comercio, las más en que las cosas anduvieran en calma, sin deteriorarse más la pobreza de tantos pobres. Un pueblo con eucaliptos, naranjos, cipreses, manzanas de agua, caminos de polvo, huertas, chayoteras, gritos de quienes se encuentran y saludan con alborozo, chicharras, sapos, yigüirros y un cielo con nubes convulsionadas. Las casas se construyeron con lo que había a mano, un tanto de madera, de ladrillos, de zinc, de intemperie, de viento, de frío, de calor. Alguna maceta decorada y primitivos jardines desordenados en que se cruzan las gallinas con los clavelones y los patos con los lirios.

Un pueblo tranquilo en que un viejo muere entre los detalles de la agonía y el recuento de lo que dejó: un yugo de principios de siglo, un pilón en desuso, una rara máquina de coser quién sabe qué, unos zapatos abiertos, una navaja de afeitar completamente herrumbrada. Un pueblo pacífico en que el nacimiento de un niño se comunica en voz muy alta de corredor en corredor, de callejón en callejón. Fue una niña. Otra más. Pobres, qué van a hacer con tantas. Y la enfermedad se combate con la medicina que manda el médico y con las yerbas que recomiendan los que saben de esas cosas.

Un pueblo que se asoma siempre hacia la montaña y la admira, la quiere y la respeta, que Dios quiera no se nos venga una encima, porque entonces ni contar podremos lo que pasó. Y la montaña, siempre cambiante, les trae noticias de acontecimientos que sus tímidas mentes de encerrados no se atreven a pensar. Vendrá un nuevo cura, no lo tomen muy en serio, está

obsesionado con el pecado, pobre pecador todo lo asusta, no se asusten ustedes. Y en el verano vendrán ellos, son dos jóvenes muy jóvenes y muy ingenuos, sin embargo no tendrán ustedes una oportunidad tan increíble de contar con tan excelentes maestros, les enseñarán lo que han olvidado hace mucho tiempo y es necesario recordar para que lo marchito florezca.

Era una época en que el pueblo casi era pueblecito. Los más jóvenes emigraron en busca de trabajo y de una vida diferente. Los ahogaba la hondonada y la esbeltez de la montaña. Habían quedado los viejos, viejos abuelos y bisabuelos, alguna que otra tatarabuela muy encomendada a Dios, y los padres envejecidos prematura y desconectadamente por los cambios acelerados del telégrafo, del teléfono, de la radio y de la televisión.

Ella llegó primero, un domingo en el último autobús de las cuatro, iba a atender la escuela y enseñar del primero hasta el sexto de aquella disminuida población escolar que alcanzaba a treinta niños de siete a doce años. Su nombre la precedió. Eugenia María de los Angeles Rivera Mancilla, nacida en un lugar conocido como las Cumbres de lo Alto para la Perfección del Santo Parto. Les pareció muy pálida, demasiado joven para aquella pacotilla de gavilanes, pero la montaña les dijo es ella, la esperada, la que domina los vientos, sabe de letras y detrás de esos ojos claros reside la sabiduría de la vida.

Eugenia María de los Angeles se paró en una esquina, recorrió con su mirada la hilera de las casas que sólo le ocupó unos segundos de investigación para saber que estaba en el fin del mundo, y levantó sus ojos ante la majestuosidad de la montaña para verificar con rapidez que estaba en el principio de las manifestadas cosas bellas, que sabía no se daban gratuita y afortunadamente sino por legítimos merecimientos, ganados a punta de voluntad y de ese empeño terco de superar cualquier situación adversa.

Su primera lección fue magistral. Mantuvo despiertos a los niños, a pesar de que habían madrugado antes de que la montaña se pudiera perfilar como una sombra negra y amenazadora, menos como un cuadrículado de árboles y yerbas desmanadas en el desorden de Dios, que bien desorganizado era en el crecimiento espontáneo de lo natural. Simplemente enseñó mapas y se ingenió para estimular curiosidades sobre la visión plana de lo cotidiano.

El cura anunciado no llegó, se había cambiado la decisión de trasladar al Padre Toño porque con cierta inercia iba haciendo una labor buena, por lo menos no provocaba quejas ni intrigas innecesarias ni problemas con la comunidad siempre tranquila y conforme.

El llegó ocho días después, con su juventud a cuestas y el entusiasmo de iniciar su primer trabajo profesional en la administración de una finca que tenía de todo e iba a cultivarse aún más.

Se encontraron frente a la escuela con miradas encendidas. El no pudo más y se acercó con la mano abierta. José Luis Villacencio, a sus órdenes. Ella se sonrió en la forma más clara que fuera posible concebir, una sonrisa que no podía apagarse ni terminar.

Desde entonces no se separaron durante sus tiempos libres, se iban a la plaza, caminaban incansablemente los senderos del pueblo. Para ellos cantaban los pájaros, se abrían las flores, se perfumaban los eucaliptos, se iniciaba el día y la noche, las nubes se ponían de blanco encalado, los crepúsculos se fueron alargando.

Nadie en el pueblo hizo comentario alguno, les parecía muy natural, tan hermanados, tan juntos.

Un día la viejecita Refugio, una de las más viejas del pueblo se quedó mirándolos largamente. Pero qué era aquello. Esa forma de pasar lentamente el dedo de él por el brazo de ella, desde el comienzo hasta el fin, incansablemente. Luego ese choque de cabezas y como que se sobaban, igual a los cachorros. Entonces asoció la escena con un viejo rosal que había empezado a florecer con verdadera pasión, después de años y años de marchito. Algo raro está pasando, pensó, porque su sangre aceleró la circulación y los dolores del reumatismo se esfumaron. Luego de contemplar y de contemplar, puso a otros a contemplar también y los vio emocionados, entusiasmados, embebidos en aquella correntada de verdaderas caricias.

Esa noche la viejecita no durmió, se le fueron las horas en recordar exactamente los movimientos y en buscar en vano las alegrías. Y la mañana siguiente estaba ya decidida y al caer la tarde pasó de nuevo por la plaza y todo el pueblo estaba ahí viendo y viendo. Vio lo que pudo hasta donde la oscuridad se lo permitió y se fue río abajo en busca de don Miguel, casi tan viejo como ella. Esa noche sí durmió a pierna suelta.

La pareja se convirtió en el espectáculo número uno del pueblo, ya nadie leía ni siquiera un periódico, en la pulpería dejó de brillar el televisor, en las casas las radios se apagaron, nadie se interesó por el partido de fútbol ni siquiera los jugadores quisieron agotarse en las carreras y en las patadas. El cura y el sacristán, junto con los monaguillos, se unieron a la contemplación. Era un espectáculo lindo, tan puro e inocente que el cura dedicó el sermón del domingo al arte de amar, amarse sin fin y sin tregua.

Empezaron a pasar algunas cosas raras en el pueblo. Las papas sabían a camote, el camote a papaya, la papaya a rábano, el rábano a tomate, el café todavía verde olía a azahares de naranjos, los rosales dieron margaritas y las gladiolas tulipanes y las buganvillas lirios. Todos se dieron cuenta de que el verano se prolongaba demasiado y no llovía, ni siquiera atisbos de lluvia en el cielo, sólo las nubes de blanco encalado. Pero no se preocuparon porque el río traía más agua que nunca y estaba tan sonoro como el mar, los dormía ensayando caricias y más caricias, cada día más creativos, más imaginativos en cumplir lentamente los recorridos.

Cuando la viejecita confesó que estaba embarazada creyeron que eran locuras de su edad o nostalgias de otros tiempos, había parido nueve hijos, tenía cerca de sesenta y cinco nietos y ya iba por el octavo bisnieto. Lo empezaron a creer cuando constataron que todas las mujeres, viejas y jóvenes, algunas casi niñas, estaban en el mismo estado, igual que la esposa del sacristán, las novias de los monaguillos y la santa empleada del cura.

El olor de las flores realmente embriagó al pueblo, brotaban por todas partes, aun entre las piedras, la plaza se llenó de ellas, los senderos, las aceras, al punto de que costaba caminar y encontrar un sitio donde pararse tranquilamente, sin la mala conciencia de estar haciendo daño a una generosa planta.

Quizás fue por eso que la gente dejó de salir y no se dieron cuenta de que la pareja ya no estaba, se habían ido, cada uno por camino diferente, igual a como llegaron, cada uno un día distinto. El se fue antes. En aquel pueblo tan lleno de flores, de gente tranquila y bondadosa, de un cura siempre tan sonriente y tan anteponiendo el bien ante el mal, llegó a la conclusión de que se había equivocado de oficio, en vez de agricultor quería ser marino. Ella se fue después, quizás con unas semanas de diferencia. Para ese entonces se le había esfumado la sonrisa y los ojos se le fueron llenando de soledad, una soledad de isla en un mar indómito donde alguien naufragara.

Ni ella ni él percibieron algo diferente en aquel pueblo tan callado y tan florido. Ella se fue como si cerrara una puerta, él como si estuviera abriendo otra.

Cuando el pueblo se dio cuenta de que se habían ido, ocupado como estaba con los partos, casi todos por las mismas fechas, y con la cría de aquella cantidad enorme de niños, porque hubo muchos gemelos y trillizos, ya estaba instalada otra maestra quien llegó con un embarazo notorio y otro administrador de la finca con su esposa y cinco hijos bastante crecidos.

Ya para esa época llovía parejo día y noche, las flores habían desaparecido, el río corría con menos canto y menos agua, las cosas sabían a lo que eran, las plantas daban lo esperado. Cada quien confesó ante el cura su desarreglo y el cura buscó a su superior para hacer lo mismo. Le consoló que le dijera solemnemente lo que había repetido en el confesionario: una golondrina no adelanta el verano ni el canto de un yigüiro las lluvias, lo pasajero no tiene trascendencia y si el desarreglo fue arreglado no posee la gravedad del pecado.

La pareja apareció en algunos sueños pero sin muchos estragos, cada quien había redescubierto que se duerme mejor y más profundo en la soledad de uno mismo y con lo esperado de la edad.